

La guerra contra el mal

[Robert Wright](#)

El mal tiene fama de ser resistente. Y con razón. Para expulsarlo de la Tierra Media fueron necesarias tres larguísimas películas de *El señor de los anillos*. Sin embargo, la misma reputación merece el *concepto* de mal; en concreto, una concepción del mal que se veía precisamente en esas películas: la idea de que todas las malas acciones del mundo están impulsadas por una única fuerza oscura y cósmica. Por más teólogos que rechacen la idea, por más incompatible que resulte con la ciencia moderna, es una concepción que vuelve una y otra vez.

Parecía que san Agustín la eliminó del mundo hace un milenio y medio. Esgrimió unos argumentos tan poderosos contra esta noción de mal, y contra toda la teología maniquea en la que se insertaba, que desapareció del lenguaje eclesiástico serio. A partir de ese momento, el mal dejó de ser una cosa; no era más que la ausencia del bien, como la oscuridad es la ausencia de luz. Pero luego llegaron los protestantes, y algunos recuperaron la visión maniquea de un combate cósmico entre las fuerzas del bien y del mal.

El filósofo Peter Singer, en su reciente libro *The President of Good and Evil: The Ethics of George W. Bush [El presidente del bien y el mal: la ética de G. Bush]*, sugiere que el presidente es heredero de esa corriente. Bush es un ejemplo de lo difícil que es eliminar las nociones de mal de forma definitiva. En vísperas de su presidencia, en una era posmoderna y de posguerra fría, "malhechores" era un término irónico, con tintes del mundo *kitsch* de los superhéroes. Sin embargo, después del 11-S, Bush empezó a usar la palabra con total seriedad, se comprometió a "librar del mal al mundo" y declaró que Irán, Irak y Corea del Norte constituían un *eje del mal*.

"En el maniqueísmo, el mal no es sólo la maldad absoluta; es una gran explicación única de dicha maldad, lo que vincula diversas maldades a un solo origen"

¿Y qué tiene de malo? ¿Por qué me siento incómodo cuando habla del mal? Porque su idea del mal es peligrosa y, en el contexto geopolítico actual, tentadora. Algunos conservadores desprecian los reparos de los progresistas ante la idea del mal de Bush y dicen que son una reacción automática, producto del relativismo moral. Pero rechazar su concepción del mal no significa negar la idea de absolutos morales, de lo justo y lo injusto, del bien y el mal.

En el maniqueísmo, el mal no es solamente la maldad absoluta. Es una gran explicación única de dicha maldad, lo que vincula diversas maldades a un solo origen. En *El señor de los anillos*, los diversos ejércitos enemigos, todos horribles –orcos, espectros del anillo y otros–, son malos, en sentido maniqueo, porque obedecen todos a un mismo jefe; están todos bajo el mando del temible Saurón. Para las fuerzas del bien –*hobbits*, elfos, Bush–, esta unidad del mal simplifica enormemente el problema. Si todos los enemigos son marionetas de Satán, no merece la pena hacer sutiles distinciones entre ellos. No hace falta decidir cuáles son irredimibles y a cuáles se puede comprar. Son todos malos de corazón, así que hay que combatirlos en cada oportunidad, soportar las cargas que sean necesarias y seguir.

Pero ¿y si el mundo no es tan sencillo? ¿Y si algunos terroristas aspiran a la destrucción de EE UU, mientras que otros sólo desean un enclave nacionalista en Chechenia o Mindanao? ¿Y si tratar a todos los terroristas igual –considerar que todos sus objetivos son igualmente ilegítimos– les hace parecerse más, ser todos más antiamericanos y más fanáticos? (Hay que tener en cuenta que la fórmula del "imperio del mal" del presidente Reagan no corría ese peligro, porque la amenaza soviética ya era monolítica).

¿O qué ocurre si resulta que Irán, Irak y Corea del Norte son, en realidad, tres problemas diferentes? ¿Y si sus gobernantes, por muchas maldades que hayan cometido, siguen siendo seres humanos, capaces de reaccionar de forma racional a unos incentivos claros? Si estamos abiertos

a dicha posibilidad, podríamos aplaudir que un dictador, ante la amenaza de invasión, permita a la ONU investigar en su país. Ahora bien, si uno cree que ese dictador no es sólo malo, sino que es el mal, seguramente llegará a la conclusión de que es preciso invadir su país pase lo que pase. Con el diablo no se negocia.

Y, por supuesto, si creemos que todos los terroristas son realmente malvados, tenderemos menos a preocuparnos por las libertades civiles de los presuntos terroristas o por dar un tratamiento decente a los terroristas convictos en la cárcel. Al fin y al cabo, el mal exige una política de tierra quemada. Pero ¿y si esa política, al hacer que muchos musulmanes se sientan perseguidos, sirve para incrementar las filas de los terroristas?

Ilustración sobre la guerra contra el mal

Image not found or type unknown

Abandonar una metafísica tan contraproducente no significa caer en el relativismo, ni siquiera tiene por qué equivaler a abandonar el concepto de mal. Se pueden atribuir las malas acciones a una sola fuente –y, por tanto, creer en una especie de mal absoluto– sin adoptar el maniqueísmo en el que parece inspirarse Bush. Se puede creer que, en algún lugar de la naturaleza humana, existe una mala semilla que constituye la base de muchas de las cosas terribles que hace la gente. Un cristiano puede pensar que dicha semilla es el pecado original. O puede concebirse en términos laicos; por ejemplo, como un egoísmo fundamental, capaz de distorsionar nuestra perspectiva moral e inclinarnos a tolerar, e incluso agradecer, el sufrimiento de quienes amenazan nuestros intereses.

Esta idea de mal como algo presente en todos nosotros engendra una perspectiva muy distinta a la que parece guiar a Bush. Puede llevar a preguntarse: si todos nacimos con esa semilla de maldad, ¿por qué da más fruto

en unos que en otros? Y esa pregunta puede hacer que analicemos a los malhechores en sus entornos de origen y podamos distinguir entre las causas del terrorismo en un lugar y otro.

También podría ser que nos lleve a un estimulante examen de conciencia. Que nos haga estar atentos para ver si nuestra base moral puede estar distorsionada por nuestras prioridades personales, políticas o ideológicas. Por ejemplo, a alguien que inició una guerra en la que murieron más de 10.000 personas, quizá le asalten dudas sobre su sensatez o sus motivos, en vez de permanecer sumido en la convicción de que, como servidor escogido de Dios, está libre de culpa.

En resumen, con esta concepción del mal, el mundo no parece un fragmento de *El señor de los anillos*, en el que todos los malos responden ante la misma autoridad y, para más señas, son espantosamente feos. Es un mundo más ambiguo, en el que el mal acecha dentro de cada persona y la política inteligente tiene la sutileza correspondiente. Es más, en las propias películas de *El señor de los anillos* se ven huellas de esta concepción. De ahí el insidioso anillo, que puede llenar a todos los que lo contemplan con el deseo desesperado de poseerlo, un deseo que, incontrolado, conduce a la corrupción total. El mensaje parece ser que, gracias a la fragilidad humana, cualquiera puede albergar el mal: hobbits, elfos e incluso, de vez en cuando, un estadounidense.

La guerra contra el mal. [Robert Wright](#)

El mal tiene fama de ser resistente. Y con razón. Para expulsarlo de la Tierra Media fueron necesarias tres larguísimas películas de *El señor de los anillos*. Sin embargo, la misma reputación merece el *concepto* de mal; en concreto, una concepción del mal que se veía precisamente en esas películas: la idea de que todas las malas acciones del mundo están impulsadas por una única fuerza oscura y cósmica. Por más teólogos que rechacen la idea, por más incompatible que resulte con la ciencia moderna, es una concepción que vuelve una y otra vez.

Parecía que san Agustín la eliminó del mundo hace un milenio y medio. Esgrimió unos argumentos tan poderosos contra esta noción de mal, y contra toda la teología maniquea en la que se

insertaba, que desapareció del lenguaje eclesiástico serio. A partir de ese momento, el mal dejó de ser una cosa; no era más que la ausencia del bien, como la oscuridad es la ausencia de luz. Pero luego llegaron los protestantes, y algunos recuperaron la visión maniquea de un combate cósmico entre las fuerzas del bien y del mal.

El filósofo Peter Singer, en su reciente libro *The President of Good and Evil: The Ethics of George W. Bush [El presidente del bien y el mal: la ética de G. Bush]*, sugiere que el presidente es heredero de esa corriente. Bush es un ejemplo de lo difícil que es eliminar las nociones de mal de forma definitiva. En vísperas de su presidencia, en una era posmoderna y de posguerra fría, "malhechores" era un término irónico, con tintes del mundo *kitsch* de los superhéroes. Sin embargo, después del 11-S, Bush empezó a usar la palabra con total seriedad, se comprometió a "librar del mal al mundo" y declaró que Irán, Irak y Corea del Norte constituían un *eje del mal*.

"En el maniqueísmo, el mal no es sólo la maldad absoluta; es una gran explicación única de dicha maldad, lo que vincula diversas maldades a un solo origen"

¿Y qué tiene de malo? ¿Por qué me siento incómodo cuando habla del mal? Porque su idea del mal es peligrosa y, en el contexto geopolítico actual, tentadora. Algunos conservadores desprecian los reparos de los progresistas ante la idea del mal de Bush y dicen que son una reacción automática, producto del relativismo moral. Pero rechazar su concepción del mal no significa negar la idea de absolutos morales, de lo justo y lo injusto, del bien y el mal.

En el maniqueísmo, el mal no es solamente la maldad absoluta. Es una gran explicación única de dicha maldad, lo que vincula diversas maldades a un solo origen. En *El señor de los anillos*, los diversos ejércitos enemigos, todos horribles –orcos, espectros del anillo y otros–, son malos, en sentido maniqueo, porque obedecen todos a un mismo jefe; están todos bajo el mando del temible Saurón. Para las fuerzas del bien –*hobbits*, elfos, Bush–, esta unidad del mal simplifica enormemente el problema. Si todos los enemigos son marionetas de

Satán, no merece la pena hacer sutiles distinciones entre ellos. No hace falta decidir cuáles son irredimibles y a cuáles se puede comprar. Son todos malos de corazón, así que hay que combatirlos en cada oportunidad, soportar las cargas que sean necesarias y seguir.

Pero ¿y si el mundo no es tan sencillo? ¿Y si algunos terroristas aspiran a la destrucción de EE UU, mientras que otros sólo desean un enclave nacionalista en Chechenia o Mindanao? ¿Y si tratar a todos los terroristas igual –considerar que todos sus objetivos son igualmente ilegítimos– les hace parecerse más, ser todos más antiamericanos y más fanáticos? (Hay que tener en cuenta que la fórmula del "imperio del mal" del presidente Reagan no corría ese peligro, porque la amenaza soviética ya era monolítica).

¿O qué ocurre si resulta que Irán, Irak y Corea del Norte son, en realidad, tres problemas diferentes? ¿Y si sus gobernantes, por muchas maldades que hayan cometido, siguen siendo seres humanos, capaces de reaccionar de forma racional a unos incentivos claros? Si estamos abiertos a dicha posibilidad, podríamos aplaudir que un dictador, ante la amenaza de invasión, permita a la ONU investigar en su país. Ahora bien, si uno cree que ese dictador no es sólo malo, sino que es el mal, seguramente llegará a la conclusión de que es preciso invadir su país pase lo que pase. Con el diablo no se negocia.

Y, por supuesto, si creemos que todos los terroristas son realmente malvados, tenderemos menos a preocuparnos por las libertades civiles de los presuntos terroristas o por dar un tratamiento decente a los terroristas convictos en la cárcel. Al fin y al cabo, el mal exige una política de tierra quemada. Pero ¿y si esa política, al hacer que muchos musulmanes se sientan perseguidos, sirve para incrementar las filas de los terroristas?

Ilustración sobre la guerra contra el mal

Image not found or type unknown

Abandonar una metafísica tan contraproducente no significa caer en el relativismo, ni siquiera tiene por qué equivaler a abandonar el concepto de mal. Se pueden atribuir las malas acciones a una sola fuente –y, por tanto, creer en una especie de mal absoluto– sin adoptar el maniqueísmo en el que parece inspirarse Bush. Se puede creer que, en algún lugar de la naturaleza humana, existe una mala semilla que constituye la base de muchas de las cosas terribles que hace la gente. Un cristiano puede pensar que dicha semilla es el pecado original. O puede concebirse en términos laicos; por ejemplo, como un egoísmo fundamental, capaz de distorsionar nuestra perspectiva moral e inclinarnos a tolerar, e incluso agradecer, el sufrimiento de quienes amenazan nuestros intereses.

Esta idea de mal como algo presente en todos nosotros engendra una perspectiva muy distinta a la que parece guiar a Bush. Puede llevar a preguntarse: si todos nacimos con esa semilla de maldad, ¿por qué da más fruto en unos que en otros? Y esa pregunta puede hacer que analicemos a los malhechores en sus entornos de origen y podamos distinguir entre las causas del terrorismo en un lugar y otro.

También podría ser que nos lleve a un estimulante examen de conciencia. Que nos haga estar atentos para ver si nuestra base moral puede estar distorsionada por nuestras prioridades personales, políticas o ideológicas. Por ejemplo, a alguien que inició una guerra en la que murieron más de 10.000 personas, quizá le asalten dudas sobre su sensatez o sus motivos, en vez de permanecer sumido en la convicción de que, como servidor escogido de Dios, está libre de culpa.

En resumen, con esta concepción del mal, el mundo no parece un fragmento

de *El señor de los anillos*, en el que todos los malos responden ante la misma autoridad y, para más señas, son espantosamente feos. Es un mundo más ambiguo, en el que el mal acecha dentro de cada persona y la política inteligente tiene la sutileza correspondiente. Es más, en las propias películas de *El señor de los anillos* se ven huellas de esta concepción. De ahí el insidioso anillo, que puede llenar a todos los que lo contemplan con el deseo desesperado de poseerlo, un deseo que, incontrolado, conduce a la corrupción total. El mensaje parece ser que, gracias a la fragilidad humana, cualquiera puede albergar el mal: hobbits, elfos e incluso, de vez en cuando, un estadounidense.

Robert Wright, autor de *Non Zero*:

The Logic of Human Destiny (Pantheon Books, Nueva York, 2000) y *The Moral Animal: The New Science of Evolutionary Psychology* (Pantheon Books, N. York, 1994), es profesor visitante en el Centro de Valores Humanos de la Universidad de Princeton y profesor de la cátedra Seymour Milstein en la Fundación Nueva América.

Fecha de creación

18 octubre, 2007